



ELVO Editorial
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera Edición: marzo, 2025.

© Alicia Gallego Soler.

© ELVO Editorial.

© Ilustración portada: Franchesca Gutiérrez García.

© diseño de cubierta y maquetación: Daniel Moscuat.

Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 374-2025

ISBN: 978-84-129443-7-2



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

Esta novela es una obra de ficción creada íntegramente por su autora, así como todos los personajes y situaciones descritas en ella. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.



*A Melilla y Málaga,
mis ciudades queridas.*



STOP
50 m

ST ÉMILION



PRÓLOGO

«**H**ay acontecimientos en la vida que jamás nos hubiésemos imaginado que íbamos a vivir, pero que nos marcan para siempre, hasta el punto de que ya nunca volveremos a ser los mismos». Así comienza el primer volumen de una trilogía que concluye con esta novela que tiene en sus manos y que, paradójicamente, resume en un axioma irrefutable la creadora de Poirot, Agatha Christie: «Lo que sucede realmente, la mayor parte de las veces, es que no sabemos del prójimo nada en absoluto». Esto queda patente en todo el engranaje que se desarrolla bajo el paraguas del detective Charcot.

El recorrido por el que discurren las páginas que Alicia Gallego ha resuelto escribir es un trasiego constante de circunstancias no resueltas en las vidas de todos sus personajes, y que los hechos fortuitos y premeditados en los que se ven envueltos acaban por dejar huella en todos ellos. Serán, son, momentos imborrables donde se sienten ajenos y particularmente vulnerables a lo vivido, pero que han de afrontar, como Ulises (Odiseo), mil y un obstáculos mientras atraviesan su periplo personal y emo-

cional hasta regresar a su Ítaca, su patria, que son ellos mismos; y cuanto más se acercan a su yo profundo, más se convencen de que no les pertenecen, se reconocen apátridas en su propio fuego. Es evidente que nada que entrañe un periplo semejante puede quedar indemne, y nadie escapa a quedar, al menos, como regresó al fin Ulises al llegar a su patria, con las uñas ensangrentadas y el alma mellada. Nadie queda ileso de una visita al dolor profundo que pusimos a hibernar en algún recoveco recóndito de nuestro ser, porque cuando la aflicción ve la luz de nuestros ojos se torna en febril tempestad, y con ello nos ilustra cómo es ese lugar donde lo habíamos confinado.

Por otro lado, para poder entender esta narración, que fluctúa en la urdimbre de las dos anteriores, resulta ineludible soslayar el aspecto lírico que habita en la patria profunda de la autora. Escribir, o al menos intentarlo, sobre la obra de un poeta siempre es harto difícil. El poeta (el de verdad, no el que pone palabras reversibles y edulcoradas para concretar una comunicación sin mensaje con los demás) se habla a sí mismo, reflexiona; es, en esencia, un mártir de su circunflexión, un ebanista que talla la madera para darle forma definida a todo aquello que el resto de los mortales damos por sentado. «Pero nosotros / qué somos sino ebanistas / que trabajan el leño de la cabeza humana», sentenció Mayakovsky. En los circunloquios reflexivos de Alicia Gallego, a lo largo y ancho de esta novela, se adhiere esta forma suya de vivir la lírica. No solo dan frutos poéticos, además trascienden en forma de individuos que relativizan o reflexionan sobre su yo más íntimo. El poeta concluye y se convence antes de hablar a los demás, y esas disertaciones de tipo filosófico suelen tener tanta profundidad como la ubicuidad del universo, que en esta trilogía, en especial en este *Pulso a la justicia*, adquiere matices imprecaderos. Cada personaje es un mundo inescrutable a quien le resulta verdaderamente ajeno todo cuanto les pertenece.

Si en la primera novela, *La sombra de la verdad*, Alicia Gallego deja interactuar a sus protagonistas desde un escenario eventual mostrando sus cartas emocionales, amparados por los saltos en el tiempo que actúan como un telescopio introspectivo; y en la segunda, *El poder de lo imposible* resuelve dar ámbito universal a las dicotomías del ser humano en torno al amor-dolor, y todo lo que conlleva en el complejo ámbito de relaciones existenciales; en esta tercera novela termina por urdir un tejido emocional y social en el que se navega por un mar de penumbras por el que todo ser humano, sin excepción, intenta salvarse cada vez que atraviesa su borrasca particular. A través de ellos encontramos catalizadores comunes en este *Pulso a la justicia*: pasiones, amor, dolor, reflexión, relaciones profesionales y personales, determinación, recuerdos que florecen..., sentimiento y alma...

No podemos obviar que, a la luz de lo que declamaba Pessoa, «...el poeta es un fingidor», un fingidor de su propio dolor, de todo aquello que vive y pervive en su memoria, porque a pesar de que elucubra y transfigura la realidad para imaginar la que quiere o desearía, en realidad acaba sincerándose consigo mismo y reflexionando sobre la realidad en la que vive, y acaba por modelarla para imaginarla. Alicia Gallego se vale de ese «yo» profundo para discernir, discurrir y trascender por boca de sus protagonistas en reflexiones sobre el ser humano que universaliza en cada uno de ellos (Charcot, Lacroix, Ricci, Corina...) abriendo un abanico emocional que podría ubicarse en cualquier punto geográfico del planeta. Aunque no es baladí que se haya decantado por momentos trascendentes emplazados en entornos y paisajes bucólicos, y panorámicas romanticistas, enclavados en un ámbito geográfico como el de Francia, para hilvanar un universo que llega a dejar a merced del lector un regusto decimonónico, con cierto aroma a café con Agatha Christie.

Y si le he citado la primera oración de la primera novela para abrir esta reflexión a modo de prólogo, bien deseo acabar con la que continúa después de aquella. Porque muy probablemente el lector vivirá un periplo a lo largo de la lectura de estas páginas en las que verá y sentirá en la piel de sus personajes la reflexión mas patente de todas cuantas encontrará en sus emociones más solapadas: «Son etapas imborrables que nos torturan sin posibilidad de desprendernos de ellas. Y cuanto más lo recordamos, más nos da la sensación de que no nos pertenecen». Cuanto más piense en este última sentencia, mejor disfrutará cada una de estas paginas. Siéntese cómodo, lea y disfrute... porque «durante la hora de la lectura, el alma del lector está sometida al alma del escritor». (Edgar Allan Poe).

Daniel Moscugat

INTRODUCCIÓN

Precipitarse al vacío de las vanidades no es de inteligentes. Sin embargo, Marc Zidi lo era. Sus profundos malestares interiores lo habían atrapado en una espiral de destrucción y sostenida desolación. Podría haberse conformado con el cargo de inspector del departamento de homicidios. Quizás, de haber podido volver atrás, todo habría sido diferente, pero ya era tarde para subirse a ese imaginario tren que lo llevaría a cumplir sus sueños. La vida te pone trampas, muchas de ellas visibles, y si te dejas seducir por ese resplandor intermitente, serás esclavo de ti mismo. Eso le pasó a Zidi, que se vio envuelto en un episodio que lo precipitó al infierno. Pocas personas son conscientes de que pueden vivir situaciones inesperadas y quedar atrapadas en una red tan fácilmente como un incauto pez que aletea en el mar ajeno a los peligros de la propia existencia. Las casualidades son hermanas de la realidad y por eso se encuentran tan a menudo. Las ambiciones de Zidi no prosperaban, ni siquiera avanzaban al ritmo que se le pudiera pedir a la eficacia de una larga carrera. Al mirar a su alrededor solo, veía un paisaje monótono y aburri-

do. Únicamente su hija le daba fuerzas para cumplir con el día a día. La nefasta relación con su mujer había llegado a ese estadio donde los reproches se hacen crónicos y van rompiendo el tejido de las ilusiones. Se sentía frustrado, porque en medio de esa apatía había conocido al amor de su vida. Y lo había perdido por mantener su estatus social.

Ya no le quedaba nada, cuando lo había tenido todo. Su condena nunca iba a prescribir, pero de eso se dio cuenta muy tarde. Cuando se encontró con Favio Charcot y le pidió que colaborara con él en una investigación peliaguda, no se imaginó lo que iba a suceder. Porque de haberlo presentido, jamás hubiese contado con el famoso detective. Todo comenzó de la manera más simple. Ni siquiera los protagonistas pudieron adivinar lo que se les venía encima. El caprichoso destino actuó sin contemplaciones, unió en el mismo camino a una serie de personajes que tenían poco en común. Ninguno de ellos respondía al perfil en el que se vieron colocados por el azar. Vidas diferentes que emergieron en una misma historia.

CAPÍTULO 1

Una bella estampa de Saint Émilion son sus paisajes tapizados de vides perfectamente alineadas. Hectáreas de tierra bendecidas por el río y un clima propicio. Sus casas y monumentos de piedra le dan un aire señorial y elegante. En su pulso está el silencio y en cada esquina la calma. Mientras esperan la vendimia, las uvas de sus racimos se asemejan a lágrimas brillantes acariciadas por el sol y el rocío. Las bodegas son el baluarte donde duerme el vino, dormitorios con lechos de madera de roble. El prestigio depende de la calidad de las uvas, de sus matices intrínsecos que la convierten en únicas y, sobre todo, del suelo que asegure el buen drenaje. La miman y la protegen con primor hasta que acaba el proceso. Los antojos del tiempo también influyen en el éxito de las cosechas.

Aquella noche, solo había una conversación entre los productores. La preocupación era grande ante una incesante tormenta acompañada de aparatos eléctricos. Las intensas lluvias llegaron por sorpresa y estuvieron a punto de herir gravemente las vides. El viento despeinaba los árboles y desordenaba las

florechillas de la cuneta. En la orilla izquierda del Garona se encontraban las plantaciones más codiciadas por su ubicación. Fincas diseminadas por el Graves, zona norte de la ciudad de Burdeos y Medoc corriente abajo. Todas ellas lucharon por conseguir el ansiado *terroir*, vino marcado que refleja el lugar del que viene. La fama de los vinos de Burdeos se remonta a siglos, por las exportaciones, cuando Enrique de Plantagenet contrajo matrimonio con Leonor de Aquitania y la provincia pasara a ser territorio inglés. Recuperando, sin embargo, el control de las tierras cuando Francia ganó la guerra de los cien años. Un viejo adagio en Burdeos es que las mejores fincas son las que pueden ver el río desde sus viñedos. Las bodegas Boulez, Girod y Binoche tenían el privilegio de estar catalogadas con «Grand Cru A», las tres podían presumir de producir los mejores tintos de la comarca. La competencia no era solapada entre ellas. Cada una buscaba ser la primera en el ranking de la competitividad. Los rayos iluminaban las aguas, pero poco a poco fueron remitiendo y la lluvia cesó. Eso evitó un desastre sin precedentes. Unos lo achacaron a las plegarias y otros a la suerte. Daba igual, porque comenzaron a respirar tranquilos. La tierra tenía demasiada agua. Pero el peligro parecía alejarse.

Horas antes, un hombre pescaba junto al río en situación precaria. Era de complexión fuerte y ojos hundidos. Llevaba puesto un impermeable amarillo, la lluvia caía suavemente el último reducto de la borrasca que se despedía. Se dispuso a guardar los enseres en una mochila. Lo acompañaba Zeus, un perro pastor alemán, que corría de un lado a otro jugando con una ajada pelota de tenis que entregaba a su dueño para que la tirara de nuevo. Cada vez la enviaba más lejos, el animal aceleraba su carrera como si fuera un galgo poniendo una liebre a los pies de su amo. El pescador estaba agobiado por la presión que ejercía el perro. Esta vez agarró la pelota y la lanzó con todas sus fuerzas

con la esperanza de que no volviera antes de terminar su tarea. La niebla envolvía el paisaje, y se dirigió hacia el todoterreno. Fue en ese instante cuando escuchó a lo lejos ladrar a Zeus desesperadamente. Aligeró el paso y fue en esa dirección, las botas de goma se hundían en el barrizal. La tormenta de la noche anterior había reblandecido la tierra. Demasiados inconvenientes le daban la razón a su primer pensamiento que lo exhortaba a quedarse en casa.

El perro no paraba de ladrar cerca de un bulto que no acertaba a ver. Hasta que se dio cuenta de que se trataba de una persona. Se detuvo a medio metro contemplando lo que sin duda parecía un cadáver. Estaba acomodado entre dos piedras con la intención de que no lo descubrieran fácilmente. Evaluó la situación sin saber qué hacer. No podía identificarlo bien, ya que lo cubría una manta a cuadros escoceses. Pero por las dimensiones tenía visos de ser un hombre. Solo acertó a ver un mechón de su pelo y la punta de unas botas. El animal ladraba frenéticamente, aunque lo trataba de calmar sin conseguirlo. Fue entonces cuando se percató de quién era aquel individuo, allí estaba como una piltrafa. Los nervios le impedían atinar con el móvil. A pesar de que la tarde era gris y desapacible, comenzó a sudar. En medio de aquel paraje no tenía dónde guarecerse y tampoco quería desentenderse de aquel hallazgo, porque sus huellas estaban allí y podrían implicarlo en algo que no había hecho. Por fin pudo hablar con la policía, que enseguida se puso en camino. Aquel lugar era muy tranquilo y nunca había pasado nada extraordinario.

Los viñedos ocupaban casi toda la zona. Harían falta muchas sesiones de sol para recuperar el paisaje habitual. La noche se había echado encima y él se encontraba delante de un muerto esperando a la policía. Cuando salió de su casa después de almorzar, no podía sospechar que viviría algo así. Había pensado en una succulenta cena con lambretas. El hombre del tiempo no

había anunciado una relativa calma, pero tampoco un diluvio. Zeus seguía enloquecido y tuvo que amarrarlo. Se retiró unos metros del finado y, aunque no era un hombre miedoso, sintió un repelús en medio de aquella escena siniestra. Lucas Venturi ya había cumplido los cuarenta y ocho años y tenía pocos amigos por su forma de ser tan reservada. El trabajo no le faltaba, pues era un buen electricista y se le daba bien la fontanería y cualquier cosa que hubiese que reparar, por lo que en Saint Émilion era requerido para numerosos menesteres.

Las luces estroboscópicas del coche de policía lo deslumbraron y el perro ladró de nuevo con ahínco. Tras hacerles señas con los brazos, dieron con el lugar. Los dos agentes llevaban potentes linternas y enfocaron el cuerpo. El de mayor edad retiró el folgo que lo cubría y quedó al descubierto un cuerpo que, por el aspecto, se atrevieron a decir que podría llevar muerto poco tiempo. Vestía pantalón verde de camuflaje y cazadora marrón. Esperaron al forense, que hizo el levantamiento del cadáver. El electricista lo reconoció enseguida, se trataba de Paolo Ricci, capataz de los Girod. Hacía una semana que lo había visto. El asombro lo hizo reflexionar sobre la fragilidad de la vida e hizo un rápido recorrido por sus últimos años. Hacía ya una década que estaba allí. El tiempo anterior no lo conocía nadie, porque él era el primero en hacer grandes esfuerzos para olvidar. Y cuando creía que lo estaba consiguiendo, se ve de nuevo implicado en un hecho que le trajo capítulos dolorosos del pasado. No podía mirar atrás sin que el dulce rostro de Sofía oprimiera su corazón. Habían sido felices, pero lo sucedido le obligó a salir de su país. Tardó unos meses hasta que supo que su destino era Burdeos. Podría haber sido cualquier otro lugar, porque no dependía de él, sino de la dirección que hubiese tomado el individuo que buscaba.

Ahora se pondría en el punto de mira de la policía y eso le causaba nerviosismo y preocupación. Lucas fue conducido

hasta la comisaría para declarar, aunque lo había contado todo, tenía que hacerlo oficial. Cuando salió, Zeus lo esperaba en el coche. Era un hombre taciturno y solitario, nadie conocía su vida ni tenía amigos. Aunque casi todas las fincas habían acudido a él para algún servicio. Esa confianza se la ganó al poco de llegar. En cierta ocasión, la finca de los Boluche se incendió y tuvo la valentía de evitar que los dos niños de la familia murieran asfixiados.

Los pequeños gritaban desde el balcón. Y el fuego corría peligrosamente hacia el ala donde se encontraban. Cruzó una marea de humo y subió las escaleras. Los asió y se los llevó, pero ya no podía volver sobre sus pasos. Entonces, deslizó a los niños hasta otro balcón. Los bomberos no los veían y la densa humareda hacía presagiar lo peor. Lucas encontró la puerta de servicio y salió a un patio. Abrió una goma para el riego, remojó a los pequeños de cuatro y cinco años que lloraban desconsoladamente, mientras tosían y se restregaban los ojos oscurecidos de tizne. Un bombero los agarró sacándolos hasta un lugar seguro. Desde ese día, lo conocían por «el valiente». Llevaba una vida tranquila y procuraba pasar desapercibido. Aunque la policía no le informó de nada, estaba claro que aquel hombre había sido asesinado.

ÍNDICE

Prólogo (<i>Daniel Moscugat, editor</i>).....	15
Introducción.....	21
Capítulo 1.....	25
Capítulo 2.....	30
Capítulo 3.....	37
Capítulo 4.....	42
Capítulo 5.....	48
Capítulo 6.....	55
Capítulo 7.....	60
Capítulo 8.....	63
Capítulo 9.....	70
Capítulo 10.....	75
Capítulo 11.....	80
Capítulo 12.....	88
Capítulo 13.....	98
Capítulo 14.....	104
Capítulo 15.....	112
Capítulo 16.....	120
Capítulo 17.....	123
Capítulo 18.....	128
Capítulo 19.....	132
Capítulo 20.....	135
Capítulo 21.....	146

Capítulo 22.....	150
Capítulo 23.....	155
Capítulo 24.....	161
Capítulo 25.....	168
Capítulo 26.....	177
Capítulo 27.....	186
Capítulo 28.....	193
Capítulo 29.....	200
Capítulo 30.....	210
Capítulo 31.....	215
Capítulo 32.....	220
Capítulo 33.....	228
Capítulo 34.....	234
Capítulo 35.....	240
Capítulo 36.....	245
Capítulo 37.....	252
Capítulo 38.....	258
Capítulo 39.....	267
Capítulo 40.....	270
Capítulo 41.....	273
Capítulo 42.....	278
Capítulo 43.....	283
Capítulo 44.....	292
Capítulo 45.....	299
Capítulo 46.....	304
Capítulo 47.....	310
Capítulo 48.....	315
La autora: Alicia Gallego Soler.....	327

Este libro terminó de imprimirse en Málaga
un 7 de abril de 2025
coincidiendo con el natalicio de la escritora
Gabriela Mistral
en cuarto creciente.





